



1.	Entre amigos Ensayo Introducción al ensayo	Juan Villoro
5	2. Conducta en los velorios * Cuento breve (completo) Análisis del climax	Julio Cortázar
10	3. El rugido sin nombre Artículo de opinión Características del artículo de opinión	Antonio Muñoz Molina
15	4. China Cuento breve (completo) Análisis del suspenso	José Donoso
20	5. Hombre de la esquina rosada * Cuento breve (completo) La fase gauchesca y laberíntica de Borges	Jorge Luis Borges
25	6. New York, New York Ensayo Análisis crítico del estilo de Vargas Llosa	Mario Vargas Llosa
30	7. Misterio de piedra * Fragmento del libro <i>Las rosas de piedra</i> Narración descriptiva	Julio Llamazares
35	8. Colapso interpretativo en la peluquería Artículo de opinión El humor didáctico	Luis Landero
40	9. Nazarín Literatura filmada: película basada en la novela homónima de Benito Pérez Galdós Análisis crítico y opinión personal	Luis Buñuel
	10. Tema libre: Lluvia de ideas (brainstorming). Desarrollo analítico de una idea Elaboración de mapas mentales	

Ejercicios

1. Los ejercicios correspondientes a cada tema serán dados en clase, previa discusión y análisis de su contenido.

Cada estudiante preparará el vocabulario de un texto:

- a. Elegir las palabras desconocidas; indicar la etimología y la acepción correspondiente al texto. Incluir la fuente lexical con precisión.
- b. Complementar con información enciclopédica cuando el texto lo requiera.

2. **Los textos marcados con asteriscos (*) deben escribirse dentro del 80% de las redacciones requeridas.**

La literatura secundaria: La omisión de la bibliografía o la copia sin mención de la fuente importará el rechazo del trabajo y la suspensión del curso.

Se recomienda seguir : *Richtlinien zur Erstellung wissenschaftlicher Arbeiten. Romanisches Seminar der CAU.*

Entrega de las redacciones : puntualmente todas semanas.

Consultas: LDispert@romanistik.uni-kiel.de



N° 1 Entre amigos

Juan Villoro
Ciudad de México, 1956

5 El teléfono sonó veinte veces. Al otro lado de la línea alguien pensaba que vivo en una hacienda donde es muy tardado ir de las caballerizas al teléfono o que dudo mucho en tomar el auricular. Lo segundo, por desgracia, resultó cierto.

10 Era Samuel Kramer. Había vuelto a México para hacer un reportaje sobre la violencia. En su visita anterior, Kramer viajaba a cuenta del *New Yorker*. Ahora escribía para el *Point Blank*, una de esas publicaciones donde los anunciantes perfuman sus anuncios. Tardó dos minutos en explicarme que ésto significaba una mejora.

-México es un país mágico, pero confuso; necesito tu ayuda para saber qué es horrible y qué es buñuelesco- Kramer pronunció la eñe en forma lujosa, como si chupara una bala de plata, y me ofreció mil dólares. Entonces le contesté por qué estaba ofendido.

15 Dos años antes, Samuel Kramer había llegado a hacer el enésimo reportaje sobre Frida Kahlo. Alguien le dijo que yo era guionista de documentales *duros* y me pagó para acompañarlo en una ciudad que juzgaba salvaje y explicarle cosas que juzgaba míticas. Había leído mucho acerca de la desgarrada pintura de los mexicanos; sabía más que yo del Partido Comunista, el atentado contra Trotsky y el tenue romance entre Frida y el profeta en el exilio. Con voz didáctica, me reveló la importancia de "la herida como noción transexual"; la pintora paralítica era *sexy* de un modo muy "posmoderno". En forma lógica, Madonna la admiraba sin entenderla. Kramer había investigado con minucia en los archivos; ahora necesitaba un contacto fragoroso con el verdadero país de Frida. En los días que compartimos, México le pareció un espanto sin folclor. No entendía que los afamados trajes regionales de la pintora ya sólo se encontraran en el segundo piso del Museo de Antropología ni que las mexicanas de hoy se depilaran el honesto bigote que, a su juicio, convertía a F.K. en un sugerente icono bisexual. De poco sirvió que la ciudad contribuyera a la crónica con un desastre ambiental; el Popocatepetl recuperó su actividad volcánica y visitamos la casona de Frida en Coyoacán bajo una lluvia de cenizas. Esto me permitió hablar con calculada nostalgia de la perdida "región más transparente del aire". Admito que atiborré a Kramer de lugares comunes y cursilerías. Pero la culpa fue suya: quería ver iguanas en las calles.

30 México lo decepcionó como si recorriera un centro ceremonial cubierto de basura y anuncios de neón. Cuando le presenté a un experto en arte mexicano no quiso hablar con él. Debí renunciar en ese momento; no podía seguir junto a un racista. Eri Morand es un negro de Senegal; vino a México como becario cuando el presidente Luis Echeverría decidió que nuestros países eran muy afines. Usa collares de fábula y hermosas túnicas africanas. "No necesito a este informante", Kramer me vio como si yo traficara con etnias equivocadas.

35 Decidí ponerle un alto: le pedí el doble de dinero. Aceptó y tuve que buscar adjetivos para sacar a flote el México profundo. También le presenté a Gonzalo Erdiozabal. Aquí Gonzalo parece un moro altivo del Hollywood de los años cuarenta. En Austria se hizo reverenciar como Xochipili, presunto descendiente del emperador Moctezuma. Cada mañana llegaba al Museo Etnográfico de Viena disfrazado de danzante azteca, encendía incienso de copal y pedía firmas para recuperar el penacho de Moctezuma. Obtuvo fondos de ONG y la irrestricta devoción de un movedizo harén de rubias. Obviamente, hubiera sido una desgracia que le entregaran el penacho. Disfruté la *beca Moctezuma* hasta que lo venció la nostalgia ("extraño el aire oloroso a gasolina y chicharrón", me dijo en una carta). Durante la primera visita de Kramer, Gonzalo montó un rito de fertilidad en una azotea y nos llevó a la choza de una adivina con vitiligo que nos hizo morder una caña de azúcar para escrutar nuestro destino en la pulpa.

50 Gracias a las tradiciones improvisadas por Gonzalo, Kramer encontró un ambiente típico para su crónica. La noche que nos despedimos bebió un tequila de más y me confesó que su revista le había dado viáticos para un mes. Gonzalo y yo le permitimos investigar todo en una semana. Al día siguiente quiso seguir ahorrando; consideró que la camioneta del hotel le salía demasiado cara, detuvo un Volkswagen color perico y el taxista lo llevó a un callejón donde le colocó un picahielo en la yugular. Kramer sólo conservó el pasaporte y el boleto de avión. Pero el vuelo se canceló porque el Popocatepetl volvió a hacer erupción y sus cenizas entraron en las turbinas de los aviones.

55 Kramer pasó un último día en el hotel del aeropuerto, viendo noticias sobre el volcán, aterrado de salir al pasillo. Me dijo que fuera a verlo. Temí que me pidiera que le regresara el dinero, pero sobre todo, temí ofrecérselo yo. Compadecí a Kramer a la distancia hasta que me mandó su reportaje. El título de una vulgaridad dermatológica, era lo de menos: *Erupciones: Frida y el volcán*. El autor me describía como "uno de los locales" y transcribía, sin comillas ni escrúpulos, todo lo que yo había dicho. Su artículo era un despojo de mis ideas; su única originalidad consistía en haberlas descubierto (sólo al leerlo supe que las tenía). La crónica terminaba con una frase que dije sobre la



salsa verde y el adolorido cromatismo de los mexicanos. Por la mitad de precio podían haberme pedido un artículo a mí. Pero la revista necesitaba la laureada firma de Samuel Kramer. Además, no escribo artículos.

5 El regreso del reportero estrella a México ponía a prueba mi paciencia y mi dignidad. ¿Cómo se atrevía a llamarme?

Perdón por no mencionarte- dijo Kramer al otro lado de la línea, con voz educada. Hice una pausa, como si pensara en algo importante.

10 Vi por la ventana, en dirección al Parque de la Bola. Un niño se había subido a la enorme bola de cemento. Abrió los brazos como si conquistara la cima de una montaña. Desvió la vista a mi escritorio; la computadora, tapizada de papelitos en los que anoto *ideas*, parecía un doméstico dios Xipe-Topec, nuestro señor el desollado. En vez de escribir el guión sobre el sincretismo había creado un monumento al tema.

15 Mientras Kramer trataba de congraciarse conmigo, recordé el mensaje que Katy Suárez había dejado en mi contestadora: "¿Cómo vas con el guión? Anoche soñé contigo. Una pesadilla con efectos de terror de bajo presupuesto. Pero te portaste bien: tú me salvabas. Acuérdate que necesitamos la sinopsis para el viernes. Gracias por salvarme. Un besito".

20 Oír a Katy es una maravillosa destrucción. Me encantan esas propuestas que me convienen tan poco. Por ella he escrito guiones sobre el maíz mejorado y la cría de cebú. Me ha visto en graves borracheras y mi prosa no siempre ha estado a la altura del aceite de cártamo que debemos promover en los documentales; tiene todos los datos como para considerarme un intoxicado con tendencia a arrojar cosas inconvenientes a la cabeza de los productores, y sin embargo, me habla como si acabáramos de ganar un *oscar*. Ahora trabajaba en un proyecto sobre el sincretismo: "Los mexicanos somos puro *collage*", me dijo. Cuesta trabajo crearlo, pero dicha por ella, la frase tiene un chiste. Había desconectado la contestadora para no oír a Katy. Pero el teléfono sonó veinte veces

25 fatales y quise saber que sociópata me buscaba. Kramer continuaba en la línea; había agotado sus fórmulas de cortesía y aguardaba una respuesta. Revisé mi cartera: dos billetes de 200, con rastros de cocaína (demasiado poca). Iba a aceptar los mil dólares cuando el enviado de *Point Blank* reanudó la conversación, en un tono confesional.

30 Insistí en que estaba muy molesto. Yo no era "uno de los locales". Si quería referirse a mí tenía que poner mi nombre. Fui tajante. Luego le pedí 2.000 dólares.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Pensé que Kramer hacía sumas, pero ya estaba en el tema de su artículo:

35 -¿Qué tan violenta es la ciudad de México? Recordé algo que Burroughs le escribió a Kerouac o a Ginsberg o algún otro megadicto: -No te preocupes: los mexicanos sólo matan a sus amigos.

(Publicado en *El País*, de los días 27 al 31 de agosto de 2000)



N° 2 Conducta en los velorios

Julio Cortázar

Bruselas, 1914- París, 1984

No vamos por el anís, ni porque hay que ir. Ya se habrá sospechado: vamos porque no podemos soportar las formas más solapadas de la hipocresía. Mi prima segunda, la mayor, se encarga de cerciorarse de la índole del duelo, y si es de verdad, si se llora porque llorar es lo único que les queda a esos hombres y a esas mujeres entre el olor a nardos y a café, entonces nos quedamos en casa y los acompañamos desde lejos. A lo sumo mi madre va un rato y saluda en nombre de la familia; no nos gusta interponer insolentemente nuestra vida ajena a ese dialogo con la sombra. Pero si de la pausada investigación de mi prima surge la sospecha de que en un patio cubierto o en la sala se han armado los trípodes del camelo, entonces la familia se pone sus mejores trajes, espera a que el velorio este a punto, y se va presentando de a poco pero implacablemente.

En Pacífico las cosas ocurren casi siempre en un patio con macetas y música de radio. Para estas ocasiones los vecinos condescienden a apagar las radios, y quedan solamente los jazmines y los parientes, alternándose contra las paredes. Llegamos de a uno o de a dos, saludamos a los deudos, a quienes se reconoce fácilmente porque lloran apenas ven entrar a alguien, y vamos a inclinarnos ante el difunto, escoltados por algún pariente cercano. Una o dos horas después toda la familia esta en la casa mortuoria, pero aunque los vecinos nos conocen bien, procedemos como si cada uno hubiera venido por su cuenta y apenas hablamos entre nosotros. Un método preciso ordena nuestros actos, escoge los interlocutores con quienes se departe en la cocina, bajo el naranjo, en los dormitorios, en el zaguán, y de cuando en cuando se sale a fumar al patio o a la calle, o se da una vuelta a la manzana para ventilar opiniones políticas y deportivas. No nos lleva demasiado tiempo sondear los sentimientos de los deudos más inmediatos, los vasitos de caña, el mate dulce y los Particulares livianos son el puente confidencial; antes de media noche estamos seguros, podemos actuar sin remordimientos. Por lo común mi hermana la menor se encarga de la primera escaramuza; diestramente ubicada a los pies del ataúd, se tapa los ojos con un pañuelo violeta y empieza a llorar, primero en silencio, empapando el pañuelo a un punto increíble, después con hipos y jadeos, y finalmente le acomete un ataque terrible de llanto que obliga a las vecinas a llevarla a la cama preparada para esas emergencias, darle a oler agua de azahar y consolarla, mientras otras vecinas se ocupan de los parientes cercanos bruscamente contagiados por la crisis. Durante un rato hay un amontonamiento de gente en la puerta de la capilla ardiente, preguntas y noticias en voz baja, encogimientos de hombros por parte de los vecinos. Agotados por un esfuerzo en que han debido emplearse a fondo, los deudos amenguan en sus manifestaciones, y en ese mismo momento mis tres primas segundas se largan a llorar sin afectación, sin gritos, pero tan conmovedoramente que los parientes y vecinos sienten la emulación, comprenden que no es posible quedarse así descansando mientras extraños de la otra cuadra se afligen de tal manera, y otra vez se suman a la deploración general, otra vez hay que hacer sitio en las camas, apantallar a señoras ancianas, aflojar el cinturón a viejitos convulsionados. Mis hermanos y yo esperamos por lo regular este momento para entrar en la sala mortuoria y ubicarnos junto al ataúd. Por extraño que parezca estamos realmente afligidos, jamás podemos oír llorar a nuestras hermanas sin que una congoja infinita nos llene el pecho y nos recuerde cosas de la infancia, unos campos cerca de Villa Albertina, un tranvía que chirriaba al tomar la curva en la calle General Rodríguez, en Bánfield, cosas así, siempre tan tristes. Nos basta ver las manos cruzadas del difunto para que el llanto nos arrase de golpe, nos obligue a taparnos la cara avergonzados, y somos cinco hombres que lloran de verdad en el velorio, mientras los deudos juntan desesperadamente el aliento para igualarnos, sintiendo que cueste lo que cueste deben demostrar que el velorio es el de ellos, que solamente ellos tienen derecho a llorar así en esa casa. Pero son pocos, y mienten (eso lo sabemos por mi prima segunda la mayor, y nos da fuerzas). En vano acumulan los hipos y los desmayos, inútilmente los vecinos más solidarios los apoyan con sus consuelos y sus reflexiones, llevándolos y trayéndolos para que descansen y se reincorporen a la lucha. Mis padres y mi tío el mayor nos reemplazan ahora, hay algo que impone respeto en el dolor de estos ancianos que han venido desde la calle Humboldt, cinco cuadras contando desde la esquina, para velar al finado. Los vecinos más coherentes empiezan a perder pie, dejan caer a los deudos, se van a la cocina a beber grapa y a comentar; algunos parientes, extenuados por una hora y media de llanto sostenido, duermen estertorosamente. Nosotros nos relevamos en orden, aunque sin dar la impresión de nada preparado; antes de las seis de la mañana somos los dueños indiscutidos del velorio, la mayoría de los vecinos se han ido a dormir a sus casas, los parientes yacen en diferentes posturas y grados de agotamiento, el alba nace en el patio. A esa hora mis tías organizan enérgicos refrigerios en la cocina, bebemos café hirviendo, nos miramos brillantemente al cruzarnos en el zaguán o los dormitorios; tenemos algo de hormigas yendo y viniendo, frotándose las antenas al pasar. Cuando llega el coche fúnebre las disposiciones están tomadas, mis hermanas llevan a los parientes a despedirse del finado antes del cierre del ataúd, los sostienen y confortan mientras mis



primas y mis hermanos se van adelantando hasta desalojarlos, abreviar el último adiós y quedarse solos junto al muerto. Rendidos, extraviados, comprendiendo vagamente pero incapaces de reaccionar, los deudos se dejan llevar y traer, beben cualquier cosa que se les acerca a los labios, y responden con vagas protestas inconsistentes a las cariñosas solicitudes de mis primas y mis
5 hermanas. Cuando es hora de partir y la casa está llena de parientes y amigos, una organización invisible pero sin brechas decide cada movimiento, el director de la funeraria acata las órdenes de mi padre, la remoción del ataúd se hace de acuerdo con las indicaciones de mi tío el mayor. Alguna que otra vez los parientes llegados a último momento adelantan una reivindicación destemplada; los vecinos, convencidos ya de que todo es como debe ser, los miran escandalizados y los obligan a
10 callarse. En el coche de duelo se instalan mis padres y mis tíos, mis hermanos suben al segundo, y mis primas condescienden a aceptar a alguno de los deudos en el tercero, donde se ubican envueltas en grandes pañoletas negras y moradas. El resto sube donde puede, y hay parientes que se ven precisados a llamar un taxi. Y si algunos, refrescados por el aire matinal y el largo trayecto, traman una reconquista en la necrópolis, amargo es su desengaño. Apenas llega el cajón al peristilo, mis
15 hermanos rodean al orador designado por la familia o los amigos del difunto, y fácilmente reconocible por su cara de circunstancias y el rollito que le abulta el bolsillo del saco. Estrechándole las manos, le empapan las solapas con sus lágrimas, lo palmean con un blando sonido de tapioca, y el orador no puede impedir que mi tío el menor suba a la tribuna y abra los discursos con una oración que es siempre un modelo de verdad y discreción. Dura tres minutos, se refiere exclusivamente al difunto,
20 acota sus virtudes y da cuenta de sus defectos, sin quitar humanidad a nada de lo que dice; está profundamente emocionado, y a veces le cuesta terminar. Apenas ha bajado, mi hermano el mayor ocupa la tribuna y se encarga del panegírico en nombre del vecindario, mientras el vecino designado a tal efecto trata de abrirse paso entre mis primas y hermanas que lloran colgadas de su chaleco. Un gesto afable pero imperioso de mi padre moviliza al personal de la funeraria; dulcemente empieza a
25 rodar el catafalco, y los oradores oficiales se quedan al pie de la tribuna, mirándose y estrujando los discursos en sus manos húmedas. Por lo regular no nos molestamos en acompañar al difunto hasta la bóveda o sepultura, sino que damos media vuelta y salimos todos juntos, comentando las incidencias del velorio. Desde lejos vemos cómo los parientes corren desesperadamente para agarrar alguno de los cordones del ataúd y se pelean con los vecinos que entre tanto se han posesionado de
30 los cordones y prefieren llevarlos ellos a que los lleven los parientes.

Historias de Cronopios y de Famas, Julio Cortázar, 1962. © 1996



Nº 3 El rugido sin nombre

Antonio Muñoz Molina

Úbeda; (provincia de Jaén), 1956

5 Hay hermosas palabras que en su misma sonoridad ya expresan su sentido. Yo me acuerdo de haber leído hace muchos años la palabra barritar, me parece que en una aventura africana del Capitán Trueno, y nada más leerla, aunque en la viñeta del tebeo no se hubiera visto un elefante, ya parecía que escuchaba uno esa bocina tremenda en medio de la selva, y que compartía la sorpresa y la alarma de aquellos queridos personajes: ¡El barritar de un elefante!, leía uno, también alarmado por los signos de admiración, embebido, perdido en aquellas selvas y aventuras de los tebeos, que fueron la gustosa anticipación del hábito de los libros.

10 Con cada cosa que aprendemos a nombrar se nos ensancha el mundo. Igual que el oído debería distinguir las voces de los animales, también es necesario saber nombrarlas. Uno sabe que los perros ladran, los gatos maúllan, que aúllan los lobos, que balan las ovejas y las cabras, que los caballos relinchan y los burros rebuznan, que los cuervos graznan. Que los elefantes barritan es un hecho que yo probablemente habría tardado más en aprender si no hubiera leído de niño el Capitán Trueno.
15 ¿Pero cómo se llama el ruido que hacen las focas, cuál es el nombre de la voz de los pingüinos, del grito de los gorilas o de las gaviotas, de esa especie de silbido que hacen ahora mismo, mientras estoy escribiendo, las golondrinas que cruzan en vuelo rasantes frente a la ventana abierta? Como estoy fuera de Madrid y lejos de mis enciclopedias, le pido auxilio por teléfono a un amigo que pasa el verano parapetado tras la suyas: así me entero de que los camellos balan, igual que las ovejas; que el búho silba y la lechuza aúlla; que los rinocerontes barritan como los elefantes; que los siervos braman mientras sus crías gluglutean, en lo que se parecen éstas a los pavos, si bien los pavos reales, señorialmente, lo que hacen es hipar; que las hienas y los chacales ladran, mostrando un parentesco indeseable con los perros, cuya voz se llama gañido cuando son golpeados; que las liebres vagen mientras los conejos chillan, lo cual quizá indica una diferencia de rango semejante a la
20 que existe entre el cacareo prosaico y doméstico de las gallinas y el canto de tenores vanidosos de los gallos...

Gracias a la enciclopedia de mi amigo Ollero, llego incluso a enterarme de que el raro nombre de la voz de la perdiz es ajeo; lo que me haría falta saber es otro nombre y otro verbo, que no creo que vengan ni en los diccionarios de la letra más diminuta ni en las más desafortunadas enciclopedias. Me refiero a la voz del animal más agresivo que conozco, que me despierta mayor desazón que si oyera en una selva de tebeo el barritar de los elefantes y los rinocerontes, el ladrido de los chacales y las hienas, el rugido de los leones, el gruñido de los osos. No necesito viajar a ninguna latitud exótica para escucharla; tampoco conozco un refugio perfectamente seguro donde esté libre de oírla. Me refiero a ese vagido, a ese barritar o rugido o ladrido que emite el antropoide humano apostado detrás
30 del volante de un coche, y producido sin el menor esfuerzo de los pulmones ni de las cuerdas vocales, tan sólo con la simple y al parecer irresistiblemente gozosa presión de la mano. Puede enloquecer a una ciudad entera cuando los citados antropoides se congregan en grandes manadas en mitad de un atasco, hasta de una leve retención, porque uno de los rasgos de esta criatura inusitada es la furiosa impaciencia. Pero basta uno de ellos, con una sola bocina, para amenazarlo y asustarlo a uno, para amenazar con embestirlo si no se da prisa en cruzar un paso de cebra. Otra
40 costumbre de esta especie que tengo muy observada y padecida en la jungla por la que habitualmente me muevo es la llamada de protesta de un antropoide motorizado a otro que al aparcar en doble fila no le deja salir. Aprieta el volante, provoca un berrido más agudo y desagradable que el de ningún otro animal, lo mismo a las tres de la tarde que a la cinco de la madrugada, trastorna a un vecindario entero. Uno supone que cuando por fin el otro antropoide escucha su llamada y viene a apartar el coche se producirá una de esas peleas de dominación territorial que suelen verse en los documentales. Pues no. Cada primate se monta en su coche y los dos se quedan tan contentos, como si no hubieran hecho otra cosa que practicar la peculiar cortesía de su especie.

Yo pensaba que ese rugido o bramido para el que no tengo nombre era incompatible con el lenguaje humano hasta que un día, con los nervios de punta, me asomé al balcón y le pedí al antropoide de turno que hiciera el favor de callarse. Se me quedó mirando desde abajo, en actitud de ataque, y me gritó con palabras del todo inteligibles : » ¡Cállate, imbécil, que parece mentira que seas académico ! »

El País, pág.86, 09-08-1998



Nombre de Voces o sonidos de animales

Animal	Voz o sonido	Verbo
abeja	susurra	susurrar
becerro	berrea	berrear
alondra	trisa	trisar
borrego	bala	balar
búho	ulula, chucea	ulular, chuchear
burro	rebuzna	rebuznar
caballo	relincha, resopla, bufa	relinchar, resoplar, bufar
cabra	bala	balar
canario	gorjea	gorjear
carnero	bala	balar
ciervo	rebrama	rebramar
cigüeña	crotoza	crotozar
cisne	vozna	voznar
conejo	chilla	Chillar
cotorra	habla	Hablar
coyote	aúlla	aullar
cuervo	grazna, crascita o croscita	graznar, crascitar o croscitar
chancho	gruñe	gruñir
elefante	barrita	barritar
gallina	cacarea	cacarear
gallina clueca	cloquea	cloquear
gallo	canta	cantar
ganso	grazna	graznar
gato	maúlla, maya, mía, miaga, bufa	maullar, Mayar, miar, miagar,



		bufar
gato en celo	marramiza	marramizar
golondrina	trisa	trisar
grillo	grilla	grillar
jabalí	arrúa	arruar
jilguero	gorjea	gorjear
langosta	estrida	estridar
león	ruge	rugir
liebre	chilla	chillar
lobo	aúlla	aullar
loro	habla	hablar
mosquito	zumba	zumbar
mula	rebuzna	rebuznar
oveja	bala	balar
pájaros	trinan	trinar
paloma	zurea, arrulla, gime	zurear, arrullar, gemir
pantera	himpla	himplar
pato	parpa	parpar
pavo	gluglutea, vocea	gluglutear, vocear
perdiz	cuchichía o cuchichea, ajea	cuchichiar o cuchichear, ajear
perro	ladra, aúlla, arrufa, gruñe, gañe, regañe, late, regaña	Ladrar, aullar, arrufar, gruñir, gañir, regañir, latir, regañar
pollito	pía	piar
rana	croa	croar
ratón	musita	musitar



ruiseñor	gorjea	gorjear
sapo	croa	croar
serpiente	silba	silbar
toro	muge, brama	mugir, bramar
tórtola	gime	gemir
urraca	grazna	graznar
vaca	muge	mugir
yegua	Relincha	relinchar
zorra	tautea, chilla	tautear, chillar

El perro *arrufa* cuando gruñe e hincha el hocico al tiempo que enseña los dientes, o *regaña* (de *regañar*) cuando lo maltratan, o *regaña* (de *regañar*) cuando demuestra saña, sin ladrar y mostrando los dientes o, finalmente, *late* cuando ve o va siguiendo la caza.

El gato, *bufa* cuando hace "fu"; maúlla cuando, siendo adulto, da maúllidos o maullidos; *maya* cuando, siendo joven, da maídos; *miaga* o *mía* cuando dice "miao" o "mío".

Fuente:

http://www.profesorenlinea.cl/swf/links/frame_top.php?dest=http%3A//www.profesorenlinea.cl/Ciencias/AnimalesVoces.htm

5

10

15

20

25



Santiago de Chile 1924 - 1996

Por un lado el muro gris de la Universidad. Enfrente, la agitación maloliente de las cocinerías alterna con la tranquilidad de las tiendas de libros de segunda mano y con el bullicio de los establecimientos donde hombres sudorosos horman y planchan, entre estallidos de vapor. Más allá, hacia el fin de la primera cuadra, las casas retroceden y la acera se ensancha. Al caer la noche, es la parte más agitada de la calle. Todo un mundo se arremolina en torno a los puestos de fruta. Las naranjas de tez áspera y las verdes manzanas, pulidas y duras como el esmalte, cambian de color bajo los letreros de neón, rojos y azules. Abismos de oscuridad o de luz caen entre los rostros que se aglomeran alrededor del charlatán vociferante, engalanado con una serpiente viva. En invierno, raídas bufandas escarlatas embozan los rostros, revelando sólo el brillo torvo o confiado, perspicaz o bovino, que en los ojos señala a cada ser distinto. Uno que otro tranvía avanza por la angosta calzada, agitando todo con su estruendosa senectud mecánica. En un balcón de segundo piso aparece una mujer gruesa envuelta en un batón listado. Sopla sobre un brasero, y las chispas vuelan como la cola de un cometa. Por unos instantes, el rostro de la mujer es claro y caliente y absorto.

Como todas las calles, ésta también es pública. Para mí, sin embargo, no siempre lo fué. Por largos años mantuve el convencimiento de que yo era el único ser extraño que tenía derecho a aventurarse entre sus luces y sus sombras.

Cuando pequeño, vivía yo en una calle cercana, pero de muy distinto sello. Allí los tilos, los faroles dobles, de forma caprichosa, la calzada poco concurrida y las fachadas serias hablaban de un mundo enteramente distinto. Una tarde, sin embargo, acompañé a mi madre a la otra calle. Se trataba de encontrar unos cubiertos. Sospechábamos que una empleada los había sustraído, para llevarlos luego a cierta casa de empeños allí situada. Era invierno y había llovido. Al fondo de las bocacalles se divisaban restos de luz acuosa, y sobre los techos cerníanse aún las nubes en vagos manchones parduscos. La calzada estaba húmeda, y las cabelleras de las mujeres se apegaban, lacias, a sus mejillas. Oscurecía.

Al entrar por la calle, un tranvía vino sobre nosotros con estrépito. Busqué refugio cerca de mi madre, junto a una vitrina llena de hojas de música. En una de ellas, dentro de un óvalo, una muchachita rubia sonreía. Le pedí a mi madre que me comprara esa hoja, pero no prestó atención y seguimos camino. Yo llevaba los ojos muy abiertos. Hubiera querido no solamente mirar todos los rostros que pasaban junto a mi, sino tocarlos, olerlos, tan maravillosamente distintos me parecían. Muchas personas llevaban paquetes, bolsas, canastos y toda suerte de objetos seductores y misteriosos. En la aglomeración, un obrero cargado de un colchón desarregló el sombrero de mi madre. Ella rió, diciendo: -¡Por Dios, esto es como en la China!

Seguimos calle abajo. Era difícil eludir los charcos en la acera resquebrajada. Al pasar frente a una cocinería, descubrí que su olor mezclado al olor del impermeable de mi madre era grato. Se me antojaba poseer cuanto mostraban las vitrinas. Ella se horrorizaba, pues decía que todo era ordinario o de segunda mano. Cientos de floreros de vidrio empavonado, con medallones de banderas y flores. Alcancías de yeso en forma de gato, pintadas de magenta y plata. Frascos de bolitas multicolores. Sartas de tarjetas postales y trompos. Pero sobre todo me sedujo una tienda tranquila y limpia, sobre cuya puerta se leía en un cartel: "Zurcidor Japonés".

No recuerdo lo que sucedió con el asunto de los cubiertos. Pero el hecho es que esta calle quedó marcada en mi memoria como algo fascinante, distinto. Era la libertad, la aventura. Lejos de ella, mi vida se desarrollaba simple en el orden de sus horas. El "Zurcidor Japonés", por mucho que yo deseara, jamás remendaría mis ropas. Lo harían pequeñas monjitas almidonadas de ágiles dedos. En casa, por las tardes, me desesperaba pensando en "China", nombre con que bauticé esa calle. Existía, claro está, otra China. La de las ilustraciones de los cuentos de Calleja, la de las aventuras de Pinocho. Pero ahora esa China no era importante.

Un domingo por la mañana tuve un disgusto con mi madre. A manera de venganza fui al escritorio y estudié largamente un plano de la ciudad que colgaba de la muralla. Después del almuerzo mis padres habían salido, y las empleadas tomaban el sol primaveral en el último patio. Propuse a Fernando, mi hermano menor: -¿Vamos a "China"?

Sus ojos brillaron. Creyó que íbamos a jugar, como tantas veces, a hacer viajes en la escalera de tijeras tendida bajo el naranjo, o quizás a disfrazarnos de orientales.

-Como salieron -dijo-, podemos robarnos cosas del cajón de mamá.

-No, tonto -susurré-, esta vez vamos a ir a "China". Fernando vestía mameluco azulino y sandalias blancas. Lo tomé cuidadosamente de la mano y nos dirigimos a la calle con que yo soñaba. Caminamos al sol. Ibamos a "China", había que mostrarle



el mundo, pero sobre todo era necesario cuidar de los niños pequeños. A medida que nos acercamos, mi corazón latió más aprisa. Reflexionaba que afortunadamente era domingo por la tarde. Había poco tránsito, y no se corría peligro al cruzar de una acera a otra.

Por fin alcanzamos la primera cuadra de mi calle.

5 -Aquí es -dije, y sentí que mi hermano se apretaba a mi cuerpo.

Lo primero que me extrañó fué no ver letreros luminosos, ni azules, ni rojos, ni verdes. Había imaginado que en esta calle mágica era siempre de noche. Al continuar, observé que todas las tiendas habían cerrado. Ni tranvías amarillos corrían. Una terrible desolación me fué invadiendo. El sol era tibio, tiñendo casas y calle de un suave color de miel. Todo era claro. Circulaba muy poca

10 gente, éstas a paso lento y con las manos vacías, igual que nosotros. Fernando preguntó:

-¿Y por qué es "China" aquí?

Me sentí perdido. De pronto, no supe cómo contentarlo. Vi decaer mi prestigio ante él, y sin una inmediata ocurrencia genial, mi hermano jamás volvería a creer en mí.

-Vamos al "Zurcidor Japonés" -dije-. Ahí sí que es "China".

15 Tenía pocas esperanzas de que esto lo convenciera. Pero Fernando, quien comenzaba a leer, sin duda lograría deletrear el gran cartel desteñido que colgaba sobre la tienda. Quizás esto aumentara su fe. Desde la acera de enfrente, deletreó con perfección. Dije entonces:

-Ves, tonto, tú no creías.

-Pero es feo -respondió con un mohín.

20 Las lágrimas estaban a punto de llenar mis ojos, si no sucedía algo importante, rápida, inmediatamente. ¿Pero qué podía suceder? En la calle casi desierta, hasta las tiendas habían tendido párpados sobre sus vitrinas. Hacia un calor lento y agradable.

-No seas tonto. Atravesemos para que veas -lo animé, más por ganar tiempo que por otra razón. En esos instantes odiaba a mi hermano, pues el fracaso total era cosa de segundos.

25 Permanecimos detenidos ante la cortina metálica del "Zurcidor Japonés". Como la melena de Lucrecia, la nueva empleada del comedor, la cortina era una dura perfección de ondas. Había una portezuela en ella, y pensé que quizás ésta interesara a mi hermano. Sólo atiné a decirle:

-Mira... -y hacer que la tocara.

30 Se sintió un ruido en el interior. Atemorizados, nos quitamos de enfrente, observando cómo la portezuela se abría. Salió un hombre pequeño y enjuto, amarillo, de ojos tirantes, que luego echó cerrojo a la puerta. Nos quedamos apretujados junto a un farol, mirándole fijamente el rostro. Pasó a lo largo y nos sonrió. Lo seguimos con la vista hasta que dobló por la calle próxima.

Enmudecimos. Sólo cuando pasó un vendedor de algodón de dulces salimos de nuestro ensueño.

35 Yo, que tenía un peso, y además estaba sintiendo gran afecto hacia mi hermano por haber logrado lucirme ante él, compré dos porciones y le ofrecí la maravillosa sustancia rosada. Ensimismado, me agradeció con la cabeza y volvimos a casa lentamente. Nadie había notado nuestra ausencia. Al llegar Fernando tomó el volumen de "Pinocho en la China" y se puso a deletrear cuidadosamente.

Los años pasaron. "China" fué durante largo tiempo como el forro de color brillante en un abrigo oscuro. Solía volver con la imaginación. Pero poco a poco comencé a olvidar, a sentir temor sin razones, temor de fracasar allí en alguna forma. Más tarde, cuando el mundo de Pinocho dejó de interesarme, nuestro profesor de box nos llevaba a un teatro en el interior de la calle: debíamos aprender a golpearnos no sólo con dureza, sino con técnica. Era la edad de los pantalones largos recién estrenados y de los primeros cigarrillos. Pero esta parte de la calle no era "China". Además, "China" estaba casi olvidada. Ahora era mucho más importante consultar en el "Diccionario

45 Enciclopédico" de papá las palabras que en el colegio los grandes murmuraban entre risas. Más tarde ingresé a la Universidad. Compré gafas de marco oscuro.

En esta época, cuando comprendí que no cuidarse mayormente del largo del cabello era signo de categoría, solía volver a esa calle. Pero ya no era mi calle. Ya no era "China", aunque nada en ella había cambiado. Iba a las tiendas de libros viejos, en busca de volúmenes que prestigiaran mi

50 biblioteca y mi intelecto. No veía caer la tarde sobre los montones de fruta en los kioscos, y las vitrinas, con sus emperifollados maniqués de cera, bien podían no haber existido. Me interessó los polvorientos estantes llenos de libros. O la silueta famosa de algún hombre de letras que hurgaba entre ellos, silencioso y privado. "China" había desaparecido. No recuerdo haber mirado, ni una sola vez en toda esta época, el letrero del "Zurcidor Japonés".

55 Más tarde salí del país por varios años. Un día, a mi vuelta, pregunté a mi hermano, quien era a la sazón estudiante en la Universidad, dónde se podía adquirir un libro que me interesaba muy particularmente, y que no hallaba en parte alguna. Sonriendo, Fernando me respondió:

-En "China"... Y yo no comprendí.

60 *Antología del nuevo cuento chileno*, Enrique Lafourcade, Edit. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1954



Nº 5 Hombre de la esquina rosada

Jorge Luis Borges

A Enrique Amorim

Buenos Aires, 1899 - Ginebra, 1986

A mi, tan luego, hablarme del finado Francisco Real. Yo lo conocí, y eso que éstos no eran sus barrios porque el sabía tallar más bien por el Norte, por esos laos de la laguna de Guadalupe y la Bateria. Arriba de tres veces no lo traté, y ésas en una misma noche, pero es noche que no se me olvidará, como que en ella vino la Lujanera porque sí a dormir en mi rancho y Rosendo Juárez dejó, para no volver, el Arroyo. A ustedes, claro que les falta la debida esperiencia para reconocer ése nombre, pero Rosendo Juárez el Pegador, era de los que pisaban más fuerte por Villa Santa Rita. Mozo acreditao para el cuchillo, era uno de los hombres de don Nicolás Paredes, que era uno de los hombres de Morel. Sabía llegar de lo más paquete al quilombo, en un oscuro, con las prendas de plata; los hombres y los perros lo respetaban y las chinas también; nadie inoraba que estaba debiendo dos muertes; usaba un chambergo alto, de ala finita, sobre la melena grisienta; la suerte lo mimaba, como quien dice. Los mozos de la Villa le copiábamos hasta el modo de escupir. Sin embargo, una noche nos ilustró la verdadera condicion de Rosendo.

Parece cuento, pero la historia de esa noche rarísima empezó por un placer insolente de ruedas coloradas, lleno hasta el tope de hombres, que iba a los barquinazos por esos callejones de barro duro, entre los hornos de ladrillos y los huecos, y dos de negro, dele guitarrar y aturdir, y el del pescante que les tiraba un fustazo a los perros sueltos que se le atravesaban al moro, y un emponchado iba silencioso en el medio, y ése era el Corralero de tantas mentas, y el hombre iba a peliar y a matar. La noche era una bendición de tan fresca; dos de ellos iban sobre la capota volcada, como si la soledá fuera un corso. Ese jue el primer sucedido de tantos que hubo, pero recién después lo supimos. Los muchachos estábamos dende temprao en el salón de Julia, que era un galpón de chapas de cinc, entre el camino de Gauna y el Maldonado. Era un local que usté lo divisaba de lejos, por la luz que mandaba a la redonda el farol sinvergüenza, y por el barullo también. La Julia, aunque de humilde color, era de lo más conciente y formal, así que no faltaban músicantes, güen beberaje y compañeras resistentes pal baile. Pero la Lujanera, que era la mujer de Rosendo, las sobra de lejos a todas. Se murió, señor, y digo que hay años en que ni pienso en ella, pero había que verla en sus días, con esos ojos. Verla, no daba sueño.

La caña, la milonga, el hembraje, una condescendiente mala palabra de boca de Rosendo, una palmada suya en el montón que yo trataba de sentir como una amistá: la cosa es que yo estaba lo más feliz. Me tocó una compañera muy seguidora, que iba como adivinándome la intención. El tango hacía su voluntá con nosotros y nos arriaba y nos perdía y nos ordenaba y nos volvía a encontrar. En esa diversion estaban los hombres, lo mismo que en un sueño, cuando de golpe me pareció crecida la música, y era que ya se entreveraba con ella la de los guitarreros del coche, cada vez más cercano. Después, la brisa que la trajo tiró por otro rumbo, y volví a atender a mi cuerpo y al de la companera y a las conversaciones del baile. Al rato largo llamaron a la puerta con autoridá, un golpe y una voz. En seguida un silencio general, una pechada poderosa a la puerta y el hombre estaba adentro. El hombre era parecido a la voz.

Para nosotros no era todavía Francisco Real, pero sí un tipo alto, fornido, trajeado enteramente de negro, y una chalina de un color como bayo, echada sobre el hombro. La cara recuerdo que era aindiada, esquinada.

Me golpeó la hoja de la puerta al abrirse. De puro atolondrado me le jui encima y le encajé la zurda en la facha, mientras con la derecha sacaba el cuchillo filoso que cargaba en la sisa del chaleco, junto al sobaco izquierdo. Poco iba a durarme la atropellada. El hombre, para afirmarse, estiró los brazos y me hizo a un lado, como despidiéndose de un estorbo. Me dejó agachado detrás, todavía con la mano abajo del saco, sobre el arma inservible. Siguió como si tal cosa, adelante. Siguió, siempre más alto que cualquiera de los que iba desapartando, siempre como sin ver. Los primeros -puro italianaje mirón- se abrieron como abanico, apurados. La cosa no duró. En el montón siguiente ya estaba el Inglés esperándolo, y antes de sentir en el hombro la mano del forastero, se le durmió con un planazo que tenía listo. Jue ver ése planazo y jue venirle ya todos al humo. El establecimiento tenía más de muchas varas de fondo, y lo arriaron como un cristo, casi de punta a punta, a pechadas, a silbidos y a salivazos. Primero le tiraron trompadas, después, al ver que ni se atajaba los golpes, puras cachetadas a mano abierta o con el fleco inofensivo de las chalinás, como riéndose de él. También, como reservándolo pa Rosendo, que no se había movido para eso de la paré del fondo, en la que hacía espaldas, callado. Pitaba con apuro su cigarrillo, como si ya entendiera lo que vimos claro después. El Corralero fue empujado hasta él, firme y ensangrentado, con ése viento de chamuchina pifiadora detrás. Silbando, chicoteado, escupido, recién habló cuando se enfrentó con Rosendo. Entonces lo miró y se despejo la cara con el antebrazo y dijo estas cosas:

Yo soy Francisco Real, un hombre del Norte. Yo soy Francisco Real, que le dicen el Corralero. Yo



les he consentido a estos infelices que me alzarán la mano, porque lo que estoy buscando es un hombre. Andan por ahí unos bolaceros diciendo que en estos andurriales hay uno que tiene mentas de cuchillero , y de malo , y que le dicen el Pegador. Quiero encontrarlo pa que me enseñe a mi, que soy naidés, lo que es un hombre de coraje y de vista.

5 Dijo esas cosas y no le quitó los ojos de encima. Ahora le relucía un cuchillón en la mano derecha, que en fija lo había traído en la manga. Alrededor se habían ido abriendo los que empujaron, y todos los mirábamos a los dos, en un gran silencio. Hasta la jeta del milato ciego que tocaba el violín, acataba ese rumbo.

10 En eso, oigo que se desplazaban atrás, y me veo en el marco de la puerta seis o siete hombres, que serían la barra del Corralero. El más viejo, un hombre apaisanado, curtido, de bigote entrecano, se adelantó para quedarse como encandilado por tanto hembraje y tanta luz, y se descubrió con respeto. Los otros vigilaban, listos para dentrar a tallar si el juego no era limpio.

¿Qué le pasaba mientras tanto a Rosendo, que no lo sacaba pisotando a ese balaquero? Seguía callado, sin alzarle los ojos. El cigarro no sé si lo escupió o si se le cayó de la cara. Al fin pudo acertar con unas palabras, pero tan despacio que a los de la otra punta del salón no nos alcanzó lo que dijo. Volvió Francisco Real a desafiarlo y él a negarse. Entonces, el más muchacho de los forasteros silbó. La Lujanera lo miró aborreciéndolo y se abrió paso con la crencha en la espalda, entre el carreraje y las chinas, y se jue a su hombre y le metió la mano en el pecho y le sacó el cuchillo desenvainado y se lo dió con estas palabras:

20 Rosendo, creo que lo estarás precisando.

A la altura del techo había una especie de ventana alargada que miraba al arroyo. Con las dos manos recibió Rosendo el cuchillo y lo filió como si no lo reconociera. Se empinó de golpe hacia atrás y voló el cuchillo derecho y fue a perderse ajuera, en el Maldonado. Yo sentí como un frío.

25 De asco no te carneodijo el otro, y alzó, para castigarlo, la mano. Entonces la Lujanera se le prendió y le echó los brazos al cuello y lo miró con esos ojos y le dijo con ira:

Dejalo a ése, que nos hizo creer que era un hombre.

30 Francisco Real se quedó perplejo un espacio y luego la abrazó como para siempre y les gritó a los musicantes que le metieran tango y milonga y a los demás de la diversión, que bailáramos. La milonga corrió como un incendio de punta a punta. Real bailaba muy grave, pero sin ninguna luz, ya pudiéndola. Llegaron a la puerta y grito:

¡;Vayan abriendo cancha, señores, que la llevo dormida!

Dijo, y salieron sien con sien, como en la marejada del tango, como si los perdiera el tango.

35 Debí ponerme colorao de vergüenza. Dí unas vueltitas con alguna mujer y la planté de golpe. Inventé que era por el calor y por la apretura y jui orillando la paré hasta salir. Linda la noche, ¿;para quien? A la vuelta del callejón estaba el placero, con el par de guitarras derechas en el asiento, como cristianos. Dentre a amargarme de que las descuidaran así, como si ni pa recoger changangos sirviéramos. Me dió coraje de sentir que no éramos naidés. Un manotón a mi clavel de atrás de la oreja y lo tiré a un charquito y me quedé un espacio mirándolo, como para no pensar en más nada. Yo hubiera querido estar de una vez en el día siguiente, yo me quería salir de esa noche. En eso, me pegaron un codazo que jue casi un alivio. Era Rosendo, que se escurría solo del barrio.

40 Vos siempre has de servir de estorbo, pendejo me rezongó al pasar, no sé si para desahogarse, o ajeno. Agarró el lado más oscuro, el del Maldonado; no lo volví a ver más.

45 Me quedé mirando esas cosas de toda la vida cielo hasta decir basta, el arroyo que se emperraba solo ahí abajo, un caballo dormido, el callejón de tierra, los hornos y pensé que yo era apenas otro yuyo de esas orillas, criado entre las flores de sapo y las osamentas. ¿;Que iba a salir de esa basura sino nosotros, gritones pero blandos para el castigo, boca y atropellada no más? Sentí después que no, que el barrio cuanto más aporriao, más obligación de ser guapo.

50 ¿;Basura? La milonga déle loquiar, y déle bochinchar en las casas, y traía olor a madre selvas el viento. Linda al ñudo la noche. Había de estrellas como para marearse mirándolas, una encima de otras. Yo forcejiaba por sentir que a mí no me representaba nada el asunto, pero la cobardía de Rosendo y el coraje insufrible del forastero no me querían dejar. Hasta de una mujer para esa noche se había podido aviar el hombre alto. Para esa y para muchas, pensé, y tal vez para todas, porque la Lujanera era cosa seria. Sabe Dios qué lado agarraron. Muy lejos no podían estar. A lo mejor ya se estaban empleando los dos, en cualesquier cuneta.

55 Cuando alcancé a volver, seguía como si tal cosa el bailongo.

Haciéndome el chiquito, me entreveré en el montón, y vi que alguno de los nuestros había rajado y que los norteros tanguaban junto con los demás. Codazos y encontrones no había, pero si recelo y decencia. La música parecía dormilona, las mujeres que tanguaban con los del Norte, no decían esta boca es mía.

60 Yo esperaba algo, pero no lo que sucedió.



Ajuera oimos una mujer que lloraba y después la voz que ya conocíamos, pero serena, casi demasiado serena, como si ya no fuera de alguien, diciéndole:

Entrá, m'hijay luego otro llanto. Luego la voz como si empezara a desesperarse.

5 ¡;Abrí te digo, abrí gaucha arrastrada, abrí, perra! se abrió en eso la puerta tembleque, y entró la Lujanera, sola. Entró mandada, como si viniera arreándola alguno.

La está mandando un ánima dijo el Inglés.

10 Un muerto, amigo dijo entonces el Corralero. El rostro era como de borracho. Entró, y en la cancha que le abrimos todos, como antes, dió unos pasos marcado alto, sin ver y se fue al suelo de una vez, como poste. Uno de los que vinieron con él, lo acostó de espaldas y le acomodó el ponchito de almohada. Esos ausilios lo ensuciaron de sangre. Vimos entonces que traiba una herida juerte en el pecho; la sangre le encharcaba y ennegrecia un lengue punzó que antes no le oservé, porque lo tapó la chalina. Para la primera cura, una de las mujeres trujo caña y unos trapos quemados. El hombre no estaba para esplicar. La Lujanera lo miraba como perdida, con los brazos colgando. Todos estaban preguntándose con la cara y ella consiguió hablar. Dijo que luego de salir con el Corralero, se jueron a un campito, y que en eso cae un desconocido y lo llama como desesperado a pelear y le infiere esa puñalada y que ella jura que no sabe quién es y que no es Rosendo. ¿;Quién le iba a creer?

15 El hombre a nuestros pies se moría. Yo pensé que no le había temblado el pulso al que lo arregló. El hombre, sin embargo, era duro. Cuando golpeó, la Julia había estao cebando unos mates y el mate dió la vuelta redonda y volvió a mi mano, antes que falleciera. "Tápenme la cara", dijo despacio, cuando no pudo más. Sólo le quedaba el orgullo y no iba a consentir que le curiosaran los visajes de la agonía. Alguien le puso encima el chambergo negro, que era de copa altísima. Se murió abajo del chambergo, sin queja. Cuando el pecho acostado dejó de subir y bajar, se animaron a descubrirlo. Tenía ese aire fatigado de los difuntos; era de los hombres de más coraje que hubo en aquel entonces, dende la Batería hasta el Sur; en cuanto lo supe muerto y sin habla, le perdí el odio.

25 Para morir no se precisa más que estar vivo dijo una del montón, y otra, pensativa también:

Tanta soberbia el hombre, y no sirve más que pa juntar moscas.

Entonces los norteros jueron diciéndose un cosa despacio y dos a un tiempo la repitieron juerte después.

Lo mató la mujer.

30 Uno le grito en la cara si era ella, y todos la cercaron. Ya me olvidé que tenía que prudenciar y me les atravesé como luz. De atolondrado, casi pelo el fyingo. Sentí que muchos me miraban, para no decir todos. Dije como con sorna:

Fijensén en las manos de esa mujer. ¿;Que pulso ni que corazón va a tener para clavar una puñalada?

35 Añadí, medio desganado de guapo:

¿;Quién iba a soñar que el finao, que asegún dicen, era malo en su barrio, juera a concluir de una manera tan bruta y en un lugar tan enteramente muerto como éste, ande no pasa nada, cuando no cae alguno de ajuera para distrairnos y queda para la escupida después?

El cuero no le pidió biaba a ninguno.

40 En eso iba creciendo en la soledá un ruido de jinetes. Era la policía. Quien más, quien menos, todos tendrían su razón para no buscar ese trato, porque determinaron que lo mejor era traspasar el muerto al arroyo. Recordarán ustedes aquella ventana alargada por la que pasó en un brillo el puñal. Por ahí paso después el hombre de negro. Lo levantaron entre muchos y de cuantos centavos y de cuanta zoncera tenía lo aligeraron esas manos y alguno le hachó un dedo para refalarle el anillo.

45 Aprovechadores, señor, que así se le animaban a un pobre dijunto indefenso, después que lo arregló otro más hombre. Un envión y el agua torrentosa y sufrida se lo llevó. Para que no sobrenadara, no se si le arrancaron las vísceras, porque preferí no mirar. El de bigote gris no me quitaba los ojos. La Lujanera aprovechó el apuro para salir.

50 Cuando echaron su vistazo los de la ley, el baile estaba medio animado. El ciego del violín le sabía sacar unas habaneras de las que ya no se oyen. Ajuera estaba queriendo clariar. Unos postes de ñandubay sobre una lomada estaban como sueltos, porque los alambrados finitos no se dejaban divisar tan temprano.

55 Yo me fui tranquilo a mi rancho, que estaba a unas tres cuadras. Ardía en la ventana una lucecita, que se apagó en seguida. De juro que me apure a llegar, cuando me di cuenta. Entonces, Borges, volví a sacar el cuchillo corto y filoso que yo sabía cargar aquí, en el chaleco, junto al sobaco izquierdo, y le pegué otra revisada despacio, y estaba como nuevo, inocente, y no quedaba ni un rastrito de sangre.



Nº 6 New York, New York

Mario Vargas Llosa

Perú, 1936

5 Aunque con su alcalde actual, Bloomberg, está bastante menos limpia de lo que estaba con el alcalde Giuliani, New York sigue siendo una ciudad fascinante, la Babilonia del siglo XXI, una Torre de Babel moderna, la capital del mundo actual. He estado muchas veces aquí, en Manhattan, pero casi siempre por pocos días y para asistir a congresos o dar conferencias, y ésta es la primera vez, después de cerca de treinta años, que permanezco en la ciudad un par de meses, tiempo suficiente para tomarle el pulso, vivirla y adivinarla.

10 Es pequeña, en términos numéricos y estadísticos, y sin embargo, como en el Aleph borgiano, todo cabe o pasa por ella, los países, las razas, las religiones, las lenguas, y todo rápidamente se integra en ella, perdiendo su condición forastera y adoptando una nueva, neoyorquina. Es la ciudad de todos y de nadie, una ciudad sin identidad propia porque las tiene todas. El mundo hispánico, o latino como también lo llaman aquí, es multipresente y en sus calles, bares, almacenes, restaurantes, después del inglés el español es el idioma que más se oye por doquier, en todas sus variantes latinoamericanas y en la local, el spanglish, que comienza ya a generar una literatura. A ello se debe, sin duda, que 15 instituciones como el Teatro Español y el Instituto Cervantes tengan una presencia tan viva en la vida cultural neoyorquina. En aquél, me tocó ver una estupenda adaptación teatral de Doña Flor y sus dos maridos de Jorge Amado, hecha por Jorge Alí Triana, y el Cervantes colaboró muy de cerca con el Centro del PEN Internacional en el congreso que reunió en New York en el mes de abril a varios 20 centenares de escritores procedentes del mundo entero.

Uno de los estereotipos más resabidos, que New York es la ciudad de los negocios y la incultura, se desintegra simplemente hojeando el Time Out o los suplementos culturales que saca cada semana The New York Times. La verdad es que, en lo que se refiere a oferta cultural, no hay ninguna otra 25 ciudad en el planeta que ofrezca tantas posibilidades, en todos los dominios y quehaceres artísticos, como la Gran Manzana. Pintura, escultura, música clásica y moderna, danza, teatro, ópera, cine, ideas, literatura, cursos, talleres, conferencias, museos, escuelas artísticas, academias, constituyen una dimensión vertiginosa de la vida neoyorquina que nadie puede abarcar en su totalidad, sino, a lo más, y dedicando a ello mucho tiempo, apenas una ínfima muestra, la puntita del iceberg.

30 Para quien acostumbra trabajar en bibliotecas, como yo, la Public Library de New York es un pequeño paraíso. Situada en la Quinta Avenida, entre las calles 41 y 42, el inmenso edificio decimonónico de sólidas columnatas, escaleras de mármol e inmensos, altísimos salones de lectura magníficamente iluminados, se asienta sobre una verdadera ciudad subterránea de varios pisos donde viven sus millones de libros, computarizados y preservados en cámaras de aire acondicionado que los defienden del calor, los insectos y la humedad. Es una de las mejor provistas de Estados Unidos, 35 después de la Biblioteca del Congreso y la de Harvard, y una de las más funcionales y eficientes en que me ha tocado trabajar. Uno de sus tesoros es la Colección Berg, donada por dos hermanos médicos, judíos de origen húngaro, gracias a los cuales la institución cuenta, entre otras maravillas, con la primera edición del Quijote, manuscritos de Dickens, de Henry James, de Whitman, prácticamente de todos los diarios y novelas de Virginia Woolf y del texto mecanografiado de Tierra 40 Baldía de Eliot con las correcciones y comentarios hechos a mano por Ezra Pound.

Es también la biblioteca más ruidosa y trajinada del mundo, porque los turistas invaden las salas de lectura, tomando fotos y hablando en voz alta con total desfachatez. Pero uno termina por acostumbrarse a ese bullicio, como a una música de fondo. Aunque tiene el personal especializado necesario, la Public Library, como todas las instituciones culturales de Estados Unidos, funciona 45 gracias a la ayuda de personas voluntarias, generalmente jubilados y principalmente mujeres, que ofrecen información y guía y ayudan a los usuarios a orientarse en el laberinto de sus instalaciones. A mí me conmueven mucho esas señoras, algunas muy ancianas, que están allí siempre a la hora y con la sonrisa en la cara, prestando ese servicio público. El voluntariado cívico es una institución anglo sajona y sin ella ni Inglaterra ni Estados Unidos serían lo que son.

50 La riquísima vida cultural de New York no existiría sin la contribución de la sociedad civil que es la que en gran parte la financia y promociona. El Estado también, sin duda, pero en proporción relativamente limitada y, a veces, ínfima. Es verdad que tanto empresas como individuos tienen importantes incentivos tributarios para hacer donaciones y patrocinar actividades culturales, pero, antes que ello, la razón profunda de esas astronómicas sumas de dinero que anualmente invierten las



5 fundaciones y las entidades comerciales, industriales y financieras, y las personas privadas, en museos, espectáculos, exposiciones, bibliotecas, conferencias, universidades, etcétera, es una cultura, una conciencia cívica de que si una sociedad quiere tener una vida intelectual y artística rica, creativa y libre es obligación de todos los ciudadanos sin excepción asumirla y sostenerla. A ello se debe que, a diferencia de lo que ocurre en otras partes, donde los gobiernos filantrópicos convierten a la cultura en un producto oficial de auto promoción y manipulación burocrática, en países como Inglaterra y Estados Unidos la cultura tenga ese sesgo independiente y plural, que garantiza su libertad, su renovación y estado continuo de experimentación.

10 En los dos meses que acabo de pasar aquí vi, por ejemplo, cómo conseguía recursos para la renovación integral en que está empeñado, el Museo del Barrio, situado en el Harlem Latino, y dedicado a exponer arte procedente de América Latina. Ya ha reconstruido su bellissimo auditorio, una joya belle époque que estaba en ruinas. En la cena de gala que celebró para reunir fondos se recolectaron en pocas horas cerca de cuatro millones de dólares.

15 Es verdad que una vida cultural poco subvencionada por el Estado, que se apoya sobre todo en la sociedad civil para mantenerse, es cara. La de New York lo es y ciertos espectáculos, como la ópera y los conciertos, suelen alcanzar precios prohibitivos. Y sin embargo todo lo que vale la pena de verse está siempre lleno de gente en New York, y los dos grandes museos, el Metropolitan y el MOMA (el Museo de Arte Moderno) reciben al año más visitantes que el Yankee Stadium y el Madison Square Garden.

20 En mucho sentidos, New York se ha convertido en este tiempo en lo que fue París para muchas generaciones anteriores: el lugar donde los jóvenes artistas y creadores quieren llegar porque intuyen que allí encontrarán un ambiente estimulante para su trabajo y porque saben que si triunfan allí habrán triunfado en el mundo entero. No sólo ocurre con músicos, pintores, bailarines, actores y cineastas. También con escritores. Me ha sorprendido la cantidad de jóvenes poetas, narradores, dramaturgos de distintos países latinoamericanos avecindados ahora en New York, escribiendo y tratando de abrirse camino en la ciudad de los rascacielos. Algunos están vinculados a universidades y fundaciones y otros sobreviven como pueden, trabajando en librerías, editoriales o tocando guitarras y bongós en los bares latinos y hasta en las esquinas. Pero sacan revistas, dan recitales, y en las librerías neoyorquinas hay ahora, en casi todas ellas, secciones dedicadas a los libros en español.

30 He pasado dos meses intensos y exaltantes en esta efervescente ciudad. Vivía en los alrededores de Union Square, un barrio muy simpático y animado, donde incluso encontré cafés a la europea donde podía ir a leer el periódico y a garabatear unas notas tomando un cortado. Y donde se halla Strand, la librería de compraventa de libros antiguos más grande del mundo. Vi exposiciones magníficas y algunas obras de teatro –una de Beckett, con John Turturro, sobre todo- espléndidamente montadas. Y películas, muchas películas, aprovechando el Festival de Tribeca, que trae a New York en el curso de diez días largometrajes de todo el planeta. Y, sin embargo, siempre tuve la sensación de que a esta maravillosa ciudad le faltaba algo para sentirme totalmente en casa. ¿Qué cosa? Vejez, historia, tradición, antigüedad. Eso que es el alma secreta de cualquier ciudad europea y hasta de la aldea más desamparada e ínfima, esa invisible presencia que establece un vínculo entre hoy y ayer, esos siglos de aventuras, guerras, proezas artísticas y conmociones históricas, religiosas y culturales, de los que ha resultado la civilización en que vivimos. En New York todo es tan reciente que da la sensación de que el pasado nunca existió, que la vida sólo es futuro en trance de hacerse. Será que ya no soy joven, pero esa sensación de que no hay casi vida detrás, que toda ella está sólo por delante, me produce cierta angustia y una sensación de soledad.

El País, pág. 37 06-14-2008



Nº 7 Colapso informativo en la peluquería

Luis Landero

España, Badajoz, 1948

Alcanzas una revista cualquiera, la abres al azar, y aparece a todo color una modelo que afirma que ella no se levanta de la cama por menos de 10.000 dólares diarios. Dejando a un lado el equívoco a que invita la frase, uno echa cuentas, al modo de Miguel Espinosa en *La fea burguesía*, y resulta que tal sería el salario de 200 obreros bien remunerados. En otras publicaciones periódicas de las muchas que se amontonan en la mesita de espera, sale un ministro, un intelectual, un profesional de algo, un mero gestor, y sus palabras aprendidas, sus dichos bien sonantes, yo los leo al trasluz de Espinosa, como si fuese él quien los inventara y extremara para mostrar la catadura estética y moral de una burguesía que sigue siendo irremediablemente fea. Aquí tenemos por ejemplo a unos niños cuya sabia inocencia en el hablar se nos ofrece reciclada en despropósitos, en chistes, en entretenimientos de sobremesa, en mercancía sentimental. Y hay un montaje con fotos de unos osos pardos a los que atribuyen palabras chispeantes y bailes y canciones de última moda.

Pero no es ésa la única información que nos llega. Estamos haciendo turno en una peluquería, y en la radio hay una tertulia donde unos cuantos sementales de la opinión están poniendo firmes a la actualidad, o mejor dicho varias tertulias, porque de vez en cuando el peluquero alarga el brazo y cambia de emisora. Ahora bien, cuando el dial se tropieza con música, él lo gira hasta que encuentra más carnaza verbal. Por lo demás, los que aguardamos turno somos tres pobres desgraciados que hemos caído en una red mediática y aquí nos debatimos rodeados de periódicos, revistas, tebeos, cuadernillos de publicidad, y de la radio infatigable.

Entre el tijeiteo del peluquero, y sus rachas de elocuencia, el pasar de las hojas de los lectores y el ruido que viene de la calle, las voces de la radio nos llegan confusas, a ratos con la letra y la música y más a menudo sólo con la música. Pero quizá de eso se trate: de crear un fondo sonoro, un hilo musical hecho con palabras que nos acompañe y distraiga mientras hacemos cualquier otra cosa, por ejemplo consumir aún más información. Así que parecemos tres malabaristas intentando seguir al tiempo la lectura de revistas y periódicos, el curso de varias tertulias, y los apartes críticos que intercalan aquí y allá el peluquero y su pelucando. Estamos, pues, sumidos en plena actualidad, anegados de información, pero nadie sabría decir exactamente qué está sacando en claro de estas noticias, cotilleos y debates. Por un lado es difícil concentrarse en la lectura con las voces de la radio al fondo, pero tampoco es fácil escuchar la radio con la cháchara del peluquero, los cambios de emisora y la tentación de las revistas, y aún menos averiguar lo que dice el peluquero con tantos frentes a los que atender.

Pero, por el tono, y alguna que otra frase que sale indemne del bullicio, uno se va impregnando vagamente de esta pasta verbal. Sale un tema al ruedo, no importa cuál sea, y ya está allí el maestro para la faena de recibo. Quien habla ahora lo hace con tal fluidez y cadencia que ya de por sí da gusto oírlo. A mí me recuerda a los antiguos viajantes de comercio, que iban y venían infatigables, y siempre optimistas y locuaces, y de los que podía afirmar lo que dijo Thomas Mann después de escuchar una conferencia de Lukács: "Mientras hablaba, tenía razón". Uno, que es profesor, conoce algo de ese bel decir que nada dice pero persuade y hasta hipnotiza por el son. Se trata de una oratoria a la que no es ajena el púlpito, la tribuna política, la injundia senequista del contador profesional de anécdotas, el pozo sin fondo del erudito de casino... Y sí, parece que en España sigue abundando como en sus buenos tiempos el sabio cuya ciencia es una especie de bazar colmado de baratijas y curiosidades. Allí hay algo de todo, y todo aparente, pero nada valioso. Allí el refrán castizo se codea con Hegel de igual a igual, con desenfado de compadres o conmlitones. Estos españolazos tienen siempre una burla a punto, y esa jocosidad de perro viejo que, en un apuro, saca fiador a los hermanos Marx, o apela a la letra de autoridad de un tango o un bolero. Maestros de la elisión, de la alusión y de la ilusión, les basta con tres cáscaras de nuez, como los trileros, para escamotear la pelotita del concepto. Éstos no necesitan escuchar a Mozart: lo silban la mar de bien, y enriqueciéndolo con sus propios trinos.

De pronto hablan todos a voces y a la vez y se arma una melé dialéctica donde ya no se sabe quién es quién. Será que, como decía Proust, hay menos ideas que hombres, con lo cual ocurre que muchos han de compartir las mismas ideas y vivir hacinados en ellas. Tal es lo que parece a juzgar por esa gritería inextricable. Pero una voz indignada se impone sobre las demás: "¡Mira a mí déjame de intelectualismos! Las cifras son las cifras, los muertos son los muertos y la corrupción es la corrupción". Así de claro. Hasta el peluquero ha suspendido la tijera en el aire y nos ha mirado como diciendo: éste no tiene pelos en la lengua. Se hace un gran silencio, tanto en la peluquería como en la radio, y a continuación otro orador se descuelga con un discurso de tanto sentido común que todos nos sentimos desmoralizados y derrotados de antemano. Por el soniquete se ve de lejos que, diga lo que diga, a este desheredado de la lógica nunca le va a faltar razón. Y es que en ese tono tan cauto y lleno de obviedades y carraspeos no se puede decir nada que no esté ya dicho y sea ya



irrebatible. De la vida dice ahora que el proceso es así: uno nace, crece y finalmente muere, y lo dice humildemente, como si fuese una opinión suya y no quisiera ser dogmático. Se hace otra pausa escénica. Y es que una afirmación de este tipo, como los taburetes de tres patas, que siempre asientan, admite poca réplica. Como pasa con la lluvia, si te expones a ella, te mojas. Si no, quedas en seco. La peluquería toda parece un funeral.

Me enfrasco en otra revista. "Prohibido aburrirse", dice el anuncio de una telefonía. Esto me es familiar porque soy profesor y mi primera obligación es convertir el aula en una fiesta para que los muchachos no se aburran, aunque no aprendan nada. La actualidad sigue desfilando ante nosotros convertida en alegre logomaquia. Y ahora llega mi turno. Mientras me encamino hacia el sillón provisionado con un par de revistas, siento de pronto la necesidad purificadora de aburrirme. Y evoco por toda actualidad el silencio, y lo anhele con la nostalgia inconsolable de los paraísos perdidos, o de las remotas florestas. "¿Sabe usted lo que opino yo sobre este último tema?", me dice el peluquero mientras me pone el babero. Yo abro al azar una revista e inclino la cerviz ante lo inevitable.

El País, 29.12.02



Nº 8 Misterios de piedra

Julio Llamazares
España, León 1955

A los pies del señor Santiago

5 Dicen los santiagueses que en Compostela la lluvia es arte y debe de ser verdad. Basta mirar los tejados, las galerías, los soportales, hasta los canalones y los desagües por los que esta ciudad recibe y se libera de la lluvia que cae sobre sus tejados trescientos veinte de los trescientos sesenta y cinco días del año, según datos oficiales, para imaginar la melancolía que tiene que impregnarla en ese tiempo y aun la música que debe de brotar de sus tejados y sus calles.

10 Pero, para sorpresa del viajero, la mañana en la que éste empieza en ella su viaje (a los pies del señor Santiago, como no podía ser de otro modo, tratándose aquél de las catedrales de España) amanece esplendorosa, como si fuera un día de fiesta. No lo es (al contrario: es primer lunes de septiembre, el día en que mucha gente regresa a la actividad después de sus vacaciones), pero el sol, que ya ha salido, brilla con toda su fuerza, anunciando un día magnífico en la ciudad y en toda Galicia. Por la Compostela vieja, la gente se dirige a sus trabajos entre el olor a café que sale de las cafeterías y los saludos de los tenderos que abren de nuevo sus tiendas después del fin de semana. Entre ellos, confundido, con el sueño todavía agarrado de los ojos y el periódico del día bajo el brazo (lo termina de comprar, junto con una guía de la ciudad, en la papelería El Sol), va un viajero que llegó de la meseta con las primeras luces del alba y al que el amanecer sorprendió ya cerca de la ciudad.

20 **Pero el viajero no es el único que ha madrugado** este día. Ni siquiera es el más madrugador. Aparte de los tenderos y de los vendedores callejeros que ya ocupan sus lugares en los distintos caminos que llevan a la catedral, el viajero, mientras se aproxima a ésta, va encontrando a numerosos peregrinos que esta noche han debido de dormir cerca de ella para hacer su entrada en Santiago con las primeras luces del día, que es lo que manda la tradición. Los hay de todos los tipos: españoles, extranjeros, en grupos, en solitario, jóvenes, viejos, mujeres, niños, inválidos... Todos con los distintivos tradicionales del peregrino (el bordón y la concha, sobre todo) y todos muy felices por haber cumplido viaje. El viajero, a pesar de su indumentaria, podría pasar por uno de ellos, pero no quiere engañar a nadie. El viajero empieza su viaje donde los demás lo acaban y no le importa decirlo, aunque ello le suponga renunciar a los privilegios que aquí tiene el peregrino. Al viajero le gusta andar a contracorriente tanto por los caminos como en la vida y está ya acostumbrado a asumir las consecuencias:

–¿Cómo ha venido?

–En coche.

–¿En coche?!... Entonces, no le puedo dar la Compostelana

35 –le comunica una de las chicas de la Oficina del Peregrino, que se encuentra en su camino, al lado ya de la catedral.

–Pero yo he venido a Santiago...

40 –Ya. Pero es que la Compostelana –le explica aquélla, un tanto molesta– sólo se da a quien demuestre que ha hecho andando los cien últimos kilómetros del camino o los doscientos últimos en bicicleta.

–¿Y cuatrocientos en coche no sirven?

–No sirven, no, señor.

–Bueno, pues nada. Qué se le va a hacer, mujer –se disculpa el viajero, volviendo afuera, con la sensación de haber molestado por preguntar.

45 La sensación de haber molestado, o de estar a punto de hacerlo, le perseguirá durante todo el día, tanto dentro como fuera de la catedral. El santiagués es amable y hospitalario con los turistas (no en vano vive de ellos), pero, como buen gallego, no le gustan demasiado las preguntas. Sobre todo si el que las hace no es peregrino ni se sabe bien qué busca en la ciudad.

–¿Peregrino?

50 –No.

–¿Turista?

–Tampoco.

–¿Viaje de negocios?

–Menos.

55 –¿Entonces?... –le miró con desconfianza la recepcionista de la Hospedería Xelmírez, cuando llegó esta mañana.

–Digamos que estoy de viaje –dijo el viajero, sonriendo, recogiendo su maleta para subirla a la habitación.

60 **Pero eso fue hace ya un rato.** Ahora el viajero está en plena plaza del Obradoiro, confundido con el mar de peregrinos y turistas que desembocan en ella, como en un inmenso puerto de granito, desde



5 todas las calles de alrededor. La imagen, por conocida, no deja de sorprender. Abierta al pie de la
catedral, que alza sus torres sobre ella al tiempo que la domina con la gran escalinata de granito que
le hicieron en el siglo XVIII para salvar el desnivel que había entre ambas, la plaza del Obradoiro está
ya llena de gente, a pesar de que es muy temprano. La vieja plaza del Hospital, el lugar donde un día
10 estuvo el obradoiro de los canteros que tallaron piedra a piedra la fachada principal y sus dos torres
(la de la Carraca y la de las Campanas), sigue siendo el lugar cosmopolita que ya era en la Edad
Media, cuando se generalizaron en toda Europa las peregrinaciones hacia Santiago. Hay gente por
todas partes, peregrinos llegados de todos los países que deambulan por la plaza con sus conchas y
bordones, saludándose unos a otros, haciéndose fotografías para el recuerdo y comprando todo lo
15 que les ofrecen los mil y un vendedores que se disputan la plaza y las calles aledañas. Crucifijos,
conchas, postales, grabaciones con canciones de la tuna, botafumeiros de alpaca, nada que tenga
que ver con la ciudad y su catedral o que simplemente pueda ser vendido a los turistas está fuera del
comercio en este inmenso Babel que es la gran plaza del Obradoiro en este bello día de septiembre
que el viajero ha elegido para comenzar su viaje.

20 **Y lo hace precisamente aquí**, en el corazón del mundo, en el mítico lugar donde confluyen caminos
y peregrinos procedentes de todos los países de la Tierra, siguiendo las pisadas de otros muchos
anteriores que, a lo largo de los siglos, llegaron a esta ciudad atraídos por su estrella y su fama
milagrosa, igual que hiciera años antes –en el 813– el obispo de Iria Flavia Teodomiro, que fue el
primero en llegary el que descubrió el sepulcro sobre el que hoy se levanta la catedral. Una catedral
25 que es, como la mayoría de ellas, el resumen de muchas catedrales superpuestas, desde aquel
templo inicial que ordenó construir el rey Alfonso II el Casto a raíz del descubrimiento de los restos
del apóstol y en torno al que surgiría la ciudad de Compostela...

Las rosas de piedra, pág. 20 y sig. Colección: [Fuera de Colección](#) | Alfaguara. Santillana, 2008

25



Nazarín (1958)
México Blanco y Negro

- 5 **Una producción de:** Producciones Barbachano Ponce
- Género:** Drama religioso
- Duración:** 95 min.
- Sonido:** Monoaural
- Dirección:** [Luis Buñuel](#)
- 10 **Asistente de Dirección:** Ignacio Villarreal
- Producción:** Manuel Barbachano Ponce; consejero de producción: [Carlos Velo](#); productor ejecutivo: Federico Américo; administrador: Antonio de Salazar; jefe de producción: Enrique L. Morfín
- Guión:** Luis Buñuel y Julio Alejandro, sobre la novela homónima de Benito Pérez Galdós; supervisión de los diálogos: Emilio Carballido
- 15 **Fotografía:** [Gabriel Figueroa](#); operador de cámara: Ignacio Romero; fotos fijas: Manuel Álvarez Bravo
- Escenografía:** Edward Fitzgerald
- Títulos:** Vicente Rojo
- Vestuario:** Georgette Somohano
- 20 **Maquillaje:** Armando Meyer
- Edición:** Luis Buñuel y Carlos Savage
- Sonido:** José de Pérez y Galdino Samperio
- Música:** vals "Dios nunca muere" de Macedonio Alcalá y redoble de los tambores de Calanda



Reparto:

	Francisco Rabal	<i>Nazarín</i>
	Marga López	<i>Beatriz</i>
	Rita Macedo	<i>Andara</i>
5	Ignacio López Tarso	<i>el sacrílego</i>
	Ofelia Guilmain	<i>Chanfa</i>
	Luis Aceves Castañeda		<i>el parricida</i>
	Noé Murayama	<i>El Pinto</i>
	Rosenda Monteros	<i>La Prieta</i>
10	Jesús Fernández	<i>el enano Ujo</i>
	Ada Carrasco	<i>Josefa</i>
	Antonio Bravo	<i>ingeniero</i>
	Aurora Molina	<i>La Camella</i>
	David Reynoso	<i>Juan</i>
15	Pilar Pellicer	<i>Lucía</i>
	Edmundo Barbero	<i>don Ángel, cura</i>
	Raúl Dantés	<i>sargento</i>
	Lupe Carriles	<i>prostituta</i>
	Manuel Arvide	<i>acompañante del ingeniero</i>
20	José Chávez Trowe	<i>capataz</i>
	Ignacio Peón	<i>cura</i>
	Arturo Castro	<i>coronel</i>
	Victorio Blanco	<i>viejo preso</i>
	Cecilia Leger	<i>mujer de la piña</i>
25	Manuel Santigosa	<i>cura</i>
	Ramón Sánchez		

Sinopsis:

30 En el México de principios del siglo veinte, el humilde cura Nazarín comparte su pobreza con los necesitados que habitan alrededor del mesón de Chanfa. Después de proteger a una prostituta que provoca el incendio del mesón, Nazarín se ve obligado a abandonar el lugar. En su camino, las acciones del religioso provocan una serie de conflictos que se oponen a su visión de la caridad cristiana.

Comentario:

35 **Nazarín** significó el primer encuentro entre dos grandes españoles: por un lado Buñuel, el cineasta más importante de habla hispana; por el otro, Benito Pérez Galdós, el más grande novelista español después de Cervantes. El proyecto rondaba por la cabeza de Buñuel desde 1948, cuando el director



trabajaba en la adaptación de [Doña Perfecta \(1950\)](#), otra obra de Pérez Galdós de la cual Buñuel poseía los derechos.

5 Una triquiñuela del productor Francisco Cabrera dejó a Buñuel sin la oportunidad de filmar *Doña Perfecta (1950)*, la cual terminó siendo dirigida por [Alejandro Galindo](#). Tuvieron que pasar diez años, para que Buñuel tuviese de nuevo la oportunidad de llevar a la pantalla su particular visión del universo galdosiano.

10 El interés de Buñuel por Pérez Galdós fue tardío. En su juventud le parecía anticuado este escritor perteneciente a una generación famosa -la del 98- pero alejada de la suya, la del 27. Tuvieron que pasar varios años para que Buñuel comenzara a valorar los elementos y personajes de la obra de Pérez Galdós:

15 *"Fue en el exilio cuando empecé de verdad a leerlo, y entonces me interesó. Encontré en sus obras elementos que podríamos incluso llamar 'surrealistas': amor loco, visiones delirantes, una realidad muy intensa con momentos de lirismo. Nazarín es una novela de su última etapa y no de las mejor logradas, pero su historia y su personaje son apasionantes, o por lo menos a mí me sugerían muchas cosas, me inquietaban."*

La película significó la primera y única colaboración de Buñuel con el famoso productor independiente Manuel Barbachano Ponce, quien logró importantes aportaciones al cine mexicano, manteniéndose siempre al margen de la anquilosada industria oficial, la cual comenzaba a presentar serios problemas de burocratismo y cerrazón sindical.

20 Ubicada en el México del porfiriato, **Nazarín** fue criticada en un principio por no apegarse al contexto mexicano de principios de siglo veinte. *"Eso no me importa mucho"* decía Buñuel. *"Si no es México ni España, es un país posible el que nuestro en la película. Aparte de que ustedes saben que en muchos detalles -si no en esos, precisamente, sí en otros- México es muy español. Lo es y no lo es, eso lo hace más interesante."*

25 **Nazarín** contiene varias de las más inquietantes y enigmáticas imágenes de la filmografía buñueliana. El Cristo que ríe, la niña que llora arrastrando una sábana por una calle vacía, el beso que se convierte en mordisco o la mujer entregando una piña al protagonista se han convertido en tema de innumerables discusiones en las que Buñuel, divertido, siempre se negó a participar. *"A mí me intrigan tanto como a ustedes"* decía. *"No hay teorías ni metafísicas en mis películas."*

30 Lectura recomendada :

1. [Nazarín / Benito Pérez Galdós](#)

Verfasser: [Benito Pérez Galdós](#)**Ausgabe:** 3. reimpr.**Erschienen:** Madrid : Alianza, 1995

Umfang: 203 S.**Schriftenreihe:** El libro de bolsillo ; 1013 : Sección literatura

[Fachbibliothek am Romanischen Seminar](#) **Signatur:** ST 19 | PER | II/16

35

2. [Buñuel, Lorca, Dalí : el enigma sin fin; \[una visión desconocida de 3 figuras universales de la cultura española del siglo XX\] / Agustín Sánchez Vidal](#)

Verfasser: [Agustín Sánchez Vidal](#)**Ausgabe:** 2. ed.**Erschienen:** Barcelona : Ed. Planeta, 1988

40

Umfang: 380 S. : zahlr. Ill.**Schriftenreihe:** Espejo de España ; 137**Schlagwörter:**

[Buñuel, Luis](#) ; [García Lorca, Federico](#) ; [Dalí, Salvador](#)

[Fachbibliothek am Romanischen Seminar](#)



Mapas mentales

Por Pilar Pérez Cañizares

Descripción

5 Esta técnica, conocida con el nombre de «mapas mentales» o «mapas conceptuales» (*Mind Mapping*®), fue desarrollada en los años setenta por el psicólogo británico Tony Buzan y consiste en representar gráficamente una serie de ideas, con el fin de organizar globalmente la información que se posee sobre un tema.

10 En los mapas mentales subyace la teoría de los hemisferios cerebrales, según la cual el hemisferio lógico (normalmente el izquierdo) procesa la información linealmente y posee, entre otras, la capacidad verbal; por su parte, el hemisferio holístico (normalmente el derecho) simultánea y paralelamente procesa la información y funciona con imágenes y símbolos. Los mapas mentales lograrían, pues, una síntesis de los pensamientos verbal y simbólico, plasmando gráficamente un tema en su totalidad, haciendo hincapié a la vez en los detalles y en las relaciones y asociaciones entre las distintas partes.

15 Probablemente la aplicación más conocida de los mapas mentales en el aula de ELE sea el uso de la misma que proponen numerosos manuales como estrategia de aprendizaje de léxico. Sin embargo, los mapas mentales son también una herramienta que puede ayudar a fomentar la creatividad, a repasar lo aprendido y a obtener una visión de conjunto sobre un tema.

20 Buzan patentó su técnica, que ha sido utilizada en muchos otros ámbitos fuera del educativo sobre todo en el empresarial, como herramienta para conseguir una visión de conjunto en temas con gran abundancia de datos.

25 Aquí vamos a centrarnos en el uso de los mapas mentales como actividad de preescritura, de modo que en el aula y en gran grupo, se elabore un mapa mental que sirva de guía para realizar una composición escrita sobre un tema. La idea es, además, que los aprendientes se familiaricen con esta técnica y la utilicen posteriormente en otras situaciones en las que puedan ponerla en juego, bien como estrategia de aprendizaje, bien como método de organización de sus ideas a la hora de preparar una exposición oral o escrita.

Pasos de la actividad

30 Para la realización de un mapa mental existe una serie de reglas, de modo que es importante que hagas tú antes alguna prueba, para que después, a partir de tu experiencia, puedas guiar a los estudiantes cuando realicéis juntos el primer mapa mental. El procedimiento que hay que seguir es el siguiente:

1. Usa papel blanco y en sentido horizontal para realizar el mapa mental. Cuando trabajes en el aula con todo el grupo, debes utilizar la pizarra.

35 En el centro de la hoja (o de la pizarra), escribe el tema que hayáis elegido como centro de interés de la tarea de escritura y rodéalo con un círculo o una elipse, de modo que las ideas que se apunten después, incidan siempre en el tema principal.

2. Utiliza la técnica de la «lluvia de ideas» para pedir a tus alumnos que sugieran ideas que relacionan o asocian con el tema planteado. Escucha sus comentarios y recógelos en la pizarra. Para ello, acumula palabras clave y escríbelas al borde de la pizarra.

40 3. La siguiente fase, que es la más compleja, consiste en organizar en el mapa mental las asociaciones libres surgidas en la «lluvia de ideas». Para hacerlo, pide a tus alumnos que te ayuden a decidir qué palabras clave dependerán directamente del tema que ha quedado apuntado en el círculo del mapa mental. Escribe éstas alrededor del tema, de manera que vayan formando una especie de círculo externo. Une después al tema cada una de las ideas apuntadas dibujando una línea
45 semejante a la rama de un árbol. Estableced una jerarquía entre las palabras clave y márcala gráficamente usando letras mayúsculas para las ideas principales y minúsculas para las derivadas. Debes usar también colores distintos que hagan que la estructuración del tema sea evidente y se vea a primera vista.



4. Una vez tengas esta primera versión, revísala y dibuja mediante líneas las posibles asociaciones nuevas entre conceptos que puedan surgir. Complétala con cualquier idea nueva que surja en el grupo.

5. Conseguida ya esta primera versión del mapa mental, pide a tus alumnos que lo copien en sus cuadernos de trabajo y explícales que les va a servir de base para la actividad de expresión escrita que sobre ese tema en cuestión van a realizar en casa. Insiste en las directrices que hemos dado anteriormente (uso de colores, mayúsculas y minúsculas). Menciónales la posibilidad de personalizar su propio mapa mental, introduciendo dibujos y símbolos y nuevas ideas.

10. Aquí ofrecemos [un ejemplo](#), que ilustra todo el mecanismo y que es el resultado de la aplicación de la técnica del mapa mental para una actividad de preescritura para desarrollar el tema «fumar o no fumar», sobre el que los alumnos debían posteriormente escribir una redacción.

Comentarios

15. Que la técnica de los mapas mentales está muy difundida y que se utiliza tanto con fines educativos como profesionales se pone de manifiesto por la gran cantidad de software existente que permite realizarlos en el ordenador. Por ejemplo, la página <http://www.mindmap-software.com/> ofrece la posibilidad de descargar numerosos programas para realizar mapas mentales, dos de ellos, el MindMap y el Freemind, de modo gratuito.

20. Respecto al aula de ELE, esta técnica se puede introducir en todos los niveles, aplicándola con finalidades a diversas partes del desarrollo de la creatividad en la producción escrita que se ha presentado aquí. Es sin duda una técnica que favorece la concentración, y muy recomendable para los estudiantes que afirman «quedarse en blanco» o que no alcanzan las dimensiones mínimas exigidas cuando deben escribir una redacción. En todo caso, es aconsejable que el profesor se ejercite primero antes de introducir los mapas mentales en clase directamente y que, al trabajar con todo el grupo, se elija un tema que, por su interés, facilite la participación.

25. Después de cierta ejercitación en la realización de mapas mentales, se puede observar que uno de sus mayores beneficios es que los alumnos estructuran las ideas por sí mismos, de modo que se pueden utilizar para trabajar la organización y los conectores del discurso. Del mismo modo, se pueden utilizar para el análisis de textos, realizando un proceso inverso al expuesto anteriormente.

30. Los mapas mentales son también útiles para repasar contenidos aprendidos, por ejemplo, el ya mencionado anteriormente sobre el léxico, pero también puede servir para repasar aspectos gramaticales. Aquí ofrecemos un mapa mental que repasa los [usos del subjuntivo](#) que conocen unos alumnos de nivel intermedio. Los mapas mentales también pueden ser útiles para la preparación de exámenes orales en los que se tenga que realizar una exposición sobre un tema para la que se conceden unos minutos de preparación.

35. Algunos materiales didácticos que presentan mapas mentales para el trabajo del léxico son los siguientes:

Santos Asensi, J. *M de música*. Colección Tareas. Barcelona: Difusión, 1997, p. 3.

Görrisen, M. et ALII. *Caminos I. Spanisch für Anfänger. Arbeitsbuch*. Stuttgart: Klett, 1996, pp. 22 y 32.

40. Más información acerca de los mapas mentales y su uso en contexto educativo puede encontrarse en los siguientes títulos:

Buzan, T. *El libro de los Mapas Mentales*. Barcelona: Ediciones Urano, 1996. (También en la página de Internet —en inglés—) <http://www.mind-map.com/EN/index.html>.

Kirckhoff, M. *Mind Mapping*. Berlin: Gabal, 1988. (Es todo un clásico en Alemania).

45. Respecto al uso de mapas mentales específicamente en el contexto educativo se puede consultar el siguiente artículo:

Steps, M. Mind Mapping im Unterricht. *Praxis Schule*, 5-10 (1997) pp. 25-29 (También se puede consultar en la página:



<http://www.ifdn.tu-bs.de/didaktikbio/Maps/Monatslohn/doc/Steps1997a.htm>) (Steps recomienda el uso de mapas mentales en el aula y enumera las múltiples posibilidades que ofrecen, anticipa problemas y proporciona ejemplos muy ilustrativos.)

5 Se examina la utilización de los mapas mentales como estrategia de aprendizaje en la siguiente publicación:

Kneip, W., Konnertz, d. y Sauer, CH. *Lern-Landkarten. Ganzheitliches Lernen. Motivieren, Trainieren, Konzentrieren.*Mühlheim an der Ruhr: Verlag an der Ruhr, 1998.

También en este sentido se puede consultar la página de Internet:

10 <http://galeon.hispavista.com/aprenderaaprender/general/indice.html>, que ya ha sido recomendada en esta sección anteriormente y que ha sido realizada por una profesora de inglés de Enseñanza Secundaria, Ana Robles. La autora comenta aquí el uso de mapas mentales en relación con los distintos estilos de aprendizaje para la adquisición de segundas lenguas.

[DidactiRed](#) **Centro Virtual Cervantes**

15



Fiesta

Diccionario de la Lengua Española

(del lat. *feſta*, pl. de *feſtum*).

Día en que celebra alguna solemnidad nacional y en el que están cerradas las oficinas y otros establecimientos públicos. 2. Día que la Iglesia celebra con mayor solemnidad que otros. 3. Solemnidad con que se celebra la memoria de un santo. 4. Diversión o regocijo. 5. Regocijo dispuesto para que el pueblo se recree. 6. Reunión de gente para celebrar algún suceso o simplemente para divertirse. 7. Agasajo, caricia u obsequio que se hace para ganar la voluntad de alguien, o como expresión de cariño. U.m.en pl. “*El perrillo hace fiestas a su amo*”. 8. coloq. Chanza, broma. 9. pl. Vacaciones que se guardan en la **fiesta** de Pascua y otras solemnes. *Pasadas estas fiestas se despachará el negocio.*

Real Academia Española, pag. 1054, T. I, Editorial Espasa Calpe, Madrid, 2001

Diccionario Salamanca de la Lengua Española

1. Grupo de personas que se reúne en un lugar para divertirse o celebrar un acontecimiento. 2. Día oficialmente no laborable. 3. Conjunto de actividades o de diversiones que se programan con motivo de una celebración. 4. Espectáculo del toreo. 5. Cosa que proporciona alegría, diversión o placer. 6. Días no laborables de Navidad o de Semana Santa.

Pág. 721, Santillana S.A. España, 1996

Nuevo Diccionario esencial de la lengua española

(del lat. *feſta*, de *feſtum*) *s.f.* 1. Reunión de varias personas para divertirse o celebrar algún acontecimiento. 2. Día no laborable con ocasión de alguna conmemoración religiosa o civil: *En ese comercio abren las fiestas*. 3. Conjunto de actividades o diversiones organizadas con motivo de tales celebraciones. Se usa mucho en *pl.*: *las fiestas del pueblo*. 4. Espectáculo del toreo: *la fiesta nacional*. 5. Aquello que proporciona alegría, diversión o placer: *Esta comida es una fiesta para el paladar.* // *s. f. pl.* 6. Ciertas vacaciones como las de Navidad o Semana Santa: ¡*Felices Fiestas!* 7. Manifestaciones de alegría y agrado: *El cachorro hacía fiestas a su amo.* // 8. **fiesta de guardar** (o **de precepto**) La de carácter religioso. // Loc. **arder en fiestas** Estar un lugar muy animado por alguna celebración. **estar de fiesta** Estar muy alegre. **SIN.** 1. Guateque, celebración. 2. Festividad, festivo. 3. Festejo. 7. Carantoñas. **ANT.** Ascos. **FAM.** Festejar, festín, festival, festivo, fiestero./Aguafiestas, enfiestarse.

Págs 561- 562 , Grupo Santillana se Ediciones S.A. Madrid, 2001

Diccionario de Uso María Moliner

(“Dar”, “ofrecer”, “celebrar” “hacer”). Reunión de gente en algún sitio para divertirse o pasar agradablemente el tiempo unos con otros, p.ej. bailando. 2. (“celebrar”, “estar de”, “hacer”, “tener”). Conjunto de actos extraordinarios, como convite, comida especial o regalos, con que se celebra en una casa un acontecimiento familiar. 3. (pl). Conjunto de actos y diversiones que se organizan en algún sitio para regocijo público, con motivo de algún acontecimiento o en fechas señaladas del año. : « Las fiestas de San Isidro en Madrid ». 4. (“Ser “) Día que, por conmemoración religiosa o civil están cerradas las oficinas y establecimientos públicos, no se trabaja y la gente se dedica al descanso, al regocijo o a las devociones. 5. Acto solemne, no motivado por suceso lamentable, que se celebra en la iglesia o en un establecimiento cultural: “Una fiesta religiosa en honor de San Isidro”, “Una fiesta académica con motivo de la inauguración de un curso”. 6. Cosa que proporciona alegría o placer: “Para los niños es una fiesta la visita de los abuelos”. 7. Caricia o demostración de cariño. “El perro le hace fiestas a su amo”.

T. I, pág 1299, Editorial Gredos S.A., España, 1998

Diccionario El mundo.es

1. f. Reunión de personas como diversión: [fiesta de cumpleaños](#). 2. Solemnidad civil o religiosa en conmemoración de algún acontecimiento o fecha especial, y día en que se celebra: [las fiestas de Semana Santa](#). 3. Día en que no se trabaja: [hoy nos han dado fiesta](#). 4. Actividades culturales y diversiones que se celebran en una localidad en unos días determinados. Más en pl.: [esta semana son las fiestas de Colmenar Viejo](#). 5. pl. Periodo de vacaciones por alguna fiesta, sobre todo religiosa: [en estas fiestas se reúne la familia](#). 6. Agasajo, caricia u obsequio: [el perro nos hizo fiestas en cuanto nos vio llegar](#). <http://www.microsoft.com/windows/default.mspx>